

Lo que sea de cada quien

Arreola en jaque

Vicente Leñero

Traía una gorrita café como de castizo madrileño y estaba formado en fila, antes que yo, frente a la caja de la librería Gandhi de Guadalajara. No lo reconocí en el momento en que pagó por unos libros, ni él pareció darse cuenta de mi presencia mientras yo hacía lo mismo para llevarme una novela de Henning Mankell que pensaba iniciar esa noche, luego de una tarde fatigosa con los alumnos de Marta Vidrio en el taller de guiones.

Salí a caminar la noche y fue en el alto obligado de una esquina donde nos encontramos hombro a hombro.

—¿No me reconoces? —preguntó el de la gorra al advertir mi gesto indiferente—. Soy Orso.

—¡Orso! —exclamé—. Cómo has cambiado.

—Engordé un poco —sonrió.

Conocí a Orso Arreola en el 58, cuando él tenía doce, trece años. Yo había ido al departamento de Río Elba para llevar a su padre algunos de mis cuentos atrapados en un fólдер. Quería pedirle por favor, si no era mucha molestia, que los leyera y me dijera si servían; tenía fama de generoso con los jóvenes, además de ser —ya lo había leído— un extraordinario escritor.

Fue el propio Arreola quien me abrió la puerta con cara de estar saliendo de una siesta. Soportó la taralata que traía preparada, y aunque aceptó el fólдер y me insinuó una sonrisa, no respondió afirmativamente. Lo que hizo fue gansear la mirada hacia las ocho o diez mesas de ajedrez, con las piezas dispuestas, que repletaban la estancia. En lugar de sofá y sillones: mesas y mesas como en un



Juan José Arreola

club de profesionales. Por ahí andaban dos de sus hijos chacoteando: Orso y Fuensanta.

—¿Juega ajedrez?

—Un poco.

—A ver, niños, júeguenle aquí una partidita a... a...

—Leñero —me anticipé—. Vicente Leñero Otero.

Arreola pareció sorprenderse de mi nombre.

—Si quiere ser escritor tiene que quitarse el segundo apellido, hace un versito horrible —dijo y desapareció en un parpadeo.

Orso me cedió las blancas pero me ganó fácilmente, y con Fuensanta sufrí un buen rato antes de hacerle tablas.

En numerosas ocasiones volví a ver a Orso en mi trato con su padre: cuando acudía a su taller en el Centro Mexicano de Escritores de la calle Volga, cuando Orso y Juan José montaron un negocio de muebles antiguos —vendían libretos insólitos, mesas giratorias para bibliotecas, butacas de cine—, cuando Orso se dedicó por su cuenta al comercio de libros discontinuados, exquisitos, carísimos. Sin embargo les perdí la pista desde la muerte de Juan Rulfo. Sabía que Arreola había caído enfermo, muy enfermo de hidropesía; por eso pregunté:

—¿Cómo sigue?

—Mal —respondió Orso—. Ha perdido la memoria, lo más sagrado para él. Ya no reconoce a la gente, ni recuerda poemas, ni puede hablar de todo lo que sabe. Mi madre y Claudia se están haciendo cargo de su enfermedad.

—¿Qué dicen los médicos?

—Tengo problemas con ellas por eso. Insisten en que lo atienda un médico que no nos da ninguna esperanza de recuperación y yo prefiero a un especialista muy bueno que me recomendaron. Él habla de una posible mejoría si se le atiende de otro modo, con punciones, no sé, pero ellas ya no quieren intentar nada. En fin, todo es muy complicado.

También resultaba complicado para Orso qué hacer con los papeles de Arreola que su madre y su hermana Claudia, dijo, tenían secuestrados. Por eso pensaba formar una especie de fideicomiso o lo que fuera con algunos amigos de su padre para que ellos decidieran sobre la corresponden-

cia, los escritos inconclusos, los apuntes, los textos originales. Ese fideicomiso podría opinar también sobre los tratamientos médicos más convenientes para el escritor.

—¿Aceptarías formar parte? —me preguntó Orso.

Más que en el fideicomiso pensaba en ese momento en Arreola enfermo, desvalido, inerme.

—Así que está mal.

—Muy mal —repitió Orso—. Mi madre y Claudia han convertido el departamento en un área aséptica como de hospital. Para entrar tienes que quitarte los zapatos y vendarte los pies.

—Nadie lo visita.

—No dejan entrar casi a nadie. Está muy solo.

—Muy solo.

—Deberías ir a verlo. Claudia te dejaría si se lo pides.

—Pero no me va a reconocer, por lo que dices.

—A veces tiene momentos lúcidos. Después de comer, sobre todo. Lo llevan a la sala, se toma una copa de vino, y dice frases sueltas, del verso que le escribió Pellicer: tú que dices las cosas desde el vaso; una jugada de Ajedrez: peón cuatro dama; luego incoherencias. Ve a verlo, con suerte te reconoce y le haces un poco de compañía.

Orso me entregó una tarjeta con el número telefónico del departamento de Arreola. Me acompañó hasta el hotel Lafayette. Antes de despedirme le prometí telefonar a Claudia al día siguiente para visitar a su padre quizá por última vez.

Aquella mañana, sin embargo, cuando empezaba a marcar los números en el teléfono, un desasosiego me sacudió. Me vi llegar y encontrarme con el querido Arreola sentado en un sillón, hecho un inválido mental, un guiñapo, un ser aho-



gándose en las sombras de su memoria perdida. Sentí miedo. Me agobió una lástima enorme. No quería recordarlo de esa manera. Prefería conservar en la mente al hombre lúcido y brillante que

traté durante cincuenta años, al maestro que sin darse cuenta me hizo nacer como escritor.

Inhumano, cobarde, colgué la bocina de sopetón. U

Prefería conservar en la mente al hombre lúcido y brillante que traté durante cincuenta años, al maestro que sin darse cuenta me hizo nacer como escritor.